

fender la idea de lo sobrenatural, ¿por qué no hemos de felicitarnos de que ese poder conserve en debida proporción su alianza con el poder humano, que tiene á su vez el alto destino de conservar el orden y acrecentar el bien de las sociedades constituidas? ¿Habrá de ser nunca conveniente, ni generoso, ni patriótico crear dificultades á la armonía de esos poderes, verdaderos polos en que descansa el eje del mundo civilizado?

Tal vez el suceso de Bolonia, el bautizo de uno de los ocho hijos de una modesta familia israelita, es suceso providencial que despierte al siglo de la funesta ilusión en que se aduerme, que le avise del peligro que le rodea, y destruya el germen que amenaza envenenar las inteligencias desarrollando el orgullo satánico con todos sus horrores, el seco individualismo con todas sus desconsoladoras consecuencias.

El espíritu católico se reanimó, cobró vigor en Alemania cuando en el pontificado de Gregorio XVI el arzobispo de Colonia pronunció, y la Santa Sede repitió, «*non possumus*» á propósito de los matrimonios mixtos y sus efectos canónicos: también entonces se reclamó largamente como ahora á favor de los derechos de familia y contra las intrusiones de la Santa Sede: la lucha fué empeñada, casi tan empeñada como glorioso el triunfo de la verdad: hasta en el seno del

protestantismo se hicieron sentir los buenos efectos de aquella lucha y de aquel triunfo. La reforma en Prusia se elevó algo sobre sus tendencias mundanas, como lo prueba la secta de los pietistas, cuyos periódicos aprobaron y defienden la conducta del Pontífice en la cuestión del neófito Mortara.

Estamos, pues, en el caso de responder, por vía de resumen de esta tesis, á dos preguntas que por espacio de cuatro años han salido de todos los labios:

¿Quién es Mortara? Mortara es un niño de raza judía, de esa raza cuya historia desde Abraham á los Macabeos es una epopeya, y de los Macabeos hasta hoy una elegía; un niño israelita que ha ingresado en la religión de Jesucristo.

¿Qué cuestión es esa que tanto agita á los escritores de Europa y á los pensadores de todo el mundo civilizado? Es una cuestión muy sencilla: se reduce á que los infieles y los protestantes redoblan sus tiros contra la Iglesia católica; é innumerables católicos, en vez de regocijarse y cantar himnos porque reciben y abrazan en su seno á un nuevo hermano en Jesucristo, hacen coro con los protestantes y los infieles, y quieren que vuelva al judaísmo el que ha sido bautizado y es como ellos heredero de la gloria.

Si no estuviese probado hasta la evidencia que

la cuestion Mortara es un pretexto, y que no tanto se trata de defender á los israelitas, como de amenguar el prestigio del Pontificado, tendriamos que terminar diciendo que la cuestion Mortara, entre católicos, es una cuestion inverosímil, y sin embargo, real y verdadera.

En la seguridad de que esos tiros han de ser perfectamente ineficaces, y de que las increpaciones dirigidas á la Santa Sede con pretexto del neófito son antiguallas científicas sin originalidad y sin gracia, reduciremos la cuestion Mortara á fórmula muy sencilla y compendiosa:

UN CRISTIANO MAS.

X

Cesaron para los judíos las persecuciones de la Edad media. Cada época tiene sus caracteres distintivos, sus necesidades peculiares; y necesidad y carácter de la Edad media fueron las guerras y las turbulencias en que tanta parte cupo á la raza de Israel. Los judíos llegan en los presentes dias á un grado de libertad que tal vez nunca soñaron. Francia, Holanda, los Estados-Unidos toleran todos los cultos. Prusia declara á los judíos admisibles á todos los empleos; Inglaterra les abre las puertas del Parlamento; la dominacion de Victor Manuel parece inaugurar para los judíos ita-

lianos una era de libertad; en Alemania se trabaja activamente por llegar al mismo resultado. A seis ó siete millones se hace ascender el número de israelitas existentes hoy sobre la superficie de la tierra; y sin embargo, esos seis millones de individuos de una misma raza, de hermanos en Jacob, no pueden congregarse, no pueden formar nacion ni levantar el templo destruido para siempre.

Las luchas han terminado: ya no hay persecuciones; ya no hay intolerancia; ya no hay Santo Oficio: los seis ó siete millones de judíos derramados por el mundo, toman carta de naturaleza en la sociedad, se confunden, se identifican con los pueblos frances, inglés, aleman, turco, holandés, norte-americano, egipcio y persa: «hé aquí el progreso de los tiempos; hé aquí el reinado de la justicia; hé aquí la caridad social; hé aquí un paso dado en el camino de la fraternidad de todas las razas, del abrazo de todas las naciones (sublime locura contra la cual protestan los fabricantes de cañones): los judíos no quieren ser cristianos; dejadlos en paz: lo que importa es que sean buenos ciudadanos; bastan diez y ocho siglos de persecuciones y horror: el progreso de las luces pide y reclama que la libertad sea idéntica para todos: sonó ya la hora de la emancipacion universal.»

Este es el lenguaje de algunos políticos y filósofos modernos: este es el tierno cántico que elevan día y noche; y mientras predicán tan altas y generosas y conciliadoras máximas, mientras se deleitan en esta dulce poesía, los judíos acrecientan su poder, y entregados á la prosa de las especulaciones mercantiles, se apoderan del resorte que mas pronto y eficazmente mueve á la generacion actual: acumulan oro, y con proyectiles de oro sostienen una guerra como nunca la describió Flavio Josefo, como no sostuvieron nunca con asirios, ni con griegos, ni con romanos. Los políticos y los filósofos no advierten los estragos de esta guerra intestina y desastrosa, y muchos hay que sirven de inocentes instrumentos á la astucia israelítica.

Todavía algunos periódicos en Europa afirman con pasmosa serenidad que el hecho Mortara es una de las principales causas que precipitan la ruina del poder temporal de la Santa Sede. Cuán hábilmente fué explotado el suceso por los judíos de todos los países, no es cosa que excite gran admiracion; lo que sí debe excitarla es la facilidad con que han caído en el lazo multitud de católicos que creyendo favorecer la causa de la justicia y de la civilizacion y del progreso, favorecen la causa de los judíos y se resignan á desempeñar el humilde papel de coristas en el aria de bra-

vura entonada contra el catolicismo por los periódicos israelitas. Los mismos judíos se maravillarán de la insensatez con que tantos y tantos católicos se alistan bajo sus banderas para pelear contra el Pontificado: hé aquí una faz verdaderamente notable del moderno espíritu revolucionario.

XI

La historia, que es maestra de verdades y tesoro de enseñanzas, nos muestra cómo los judíos han tenido siempre particular interés en las revoluciones sociales, y cómo en los grandes naufragios de la autoridad han procurado flotar y llegar á la orilla, acrecentando su importancia, mejorando su posicion, aprovechando en su pro las grandes locuras de los pueblos, las insurrecciones, los trastornos y los cataclismos: y pues Francia ha sido el gran laboratorio de la revolucion europea, la conducta y la suerte de los judíos de Francia serán dato luminoso para nuestro estudio.

A pesar de los esfuerzos hechos por Malesherbes, el *ministro patriota* de Luis XVI, para promover la emancipacion de los judíos, es lo cierto que al señorearse de Francia la revolucion, los judíos, si bien tolerados y naturalizados, ca-

recian de estado civil. Al abrirse las sesiones de la Asamblea constituyente, los israelitas, en quienes el nuevo desorden de cosas halló desde luego adictos ardorosos y predicadores infatigables, no tardaron en formular sus pretensiones, que apadrinadas por Mirabeau y otros oradores, dieron por resultado un decreto concediendo los derechos civiles á los judíos habitantes del Mediodía: reclamaron los del Norte, y despues de varias disposiciones encaminadas á mejorar su situacion, se expidió un decreto en 1791 concediendo indistintamente á todos los judíos el derecho de ciudadanía. En tanto la libertad de cultos era consagrada como principio de derecho público.

Si los judíos abusaron ó no de las ventajas de su nueva posicion, dedúcese fácilmente sabiendo que la misma Asamblea constituyente, que tan generosa se mostró con ellos, tuvo que tomar enérgicas medidas contra los de algunas provincias del Norte, horriblemente sacrificadas por la usura; y á tal punto crecieron con los años los excesos de la raza judaica, que el gobierno imperial creyó indispensable convocar en Paris una Asamblea de israelitas á fin de preparar el término á un estado de cosas violento, atendiendo así á las quejas de los pueblos, y consultando el bienestar general. La Asamblea se reunió en efecto, compuesta de israelitas procedentes de todas las pro-

vincias de Francia y de Italia; oyó la voz del gobierno de Napoleon, que por medio de Mr. Molé sometió al Consistorio preguntas muy trascendentales acerca de la organizacion de la familia israelita y de su derecho civil, y de la manera cómo podria concordarse la ley mosaica con el código francés. La Asamblea discutió, deliberó, y decidió contestar en estas ó muy parecidas palabras: «Los diputados israelitas declaran que su religion les manda mirar la ley del príncipe como ley suprema en materias civil y politica; por tanto, aun cuando el código religioso de los judíos ó las interpretaciones que se le dan, contuvieran disposiciones civiles ó politicas en desacuerdo con el código frances, semejantes disposiciones dejarian desde luego de regirlos, pues que ante todo están obligados á reconocer la ley del príncipe y obedecerla puntualmente.» Como consecuencia de esta manifestacion solemne, los judíos que á toda costa querian la amistad del soberano y su libertad de accion en Francia, tuvieron que entrar en una serie de afirmaciones y negaciones, de *distingos* y de sutilezas, que mas bien parecia un proyecto de reforma del Código de Moisés que una explicacion ó acomodamiento de sus leyes y mandatos.

Pero como la fijacion de una nueva doctrina, esto es, la nueva y extrañamente alterada legisla-

cion judáica, el futuro código semi-mosáico, semi-napoleónico, no podia ser obra de una Asamblea como la entonces existente, pues su carácter tenia mas de consultivo que de legislativo, Napoleon, el hombre de las grandes concepciones, concibió la idea de un Sanhedrin, resucitando así en los primeros años del siglo XIX el gran tribunal judáico, cerrado en los tiempos de Jonatás Macabeo, y proporcionando á Paris un espectáculo que solo viera la antigua Jerusalem. Y el Sanhedrin se reunió; mas ¡qué diferencia entre el augusto areópago, á quien se sometian el rey, el gran sacerdote y los profetas, y el Sanhedrin de Paris sometido á la voluntad de un extraño rey! ¡Qué diferencia entre el majestuoso tribunal que se juntaba á la puerta del Tabernáculo del Testimonio, y más tarde seguia al Tabernáculo en las magnificas jornadas de Galgal, Silóh, Nob^h y Gabaon, y de Jesuralem á Babilonia, y de Babilonia y Jerusalem y Jamnia, y sucesivamente á Jericó, y á Sepharwáyim, y en fin á Tiberiades! ¡Qué diferencia, repetimos, entre aquellas asambleas y la celebrada en Paris con el mismo nombre y bajo idénticas ceremonias! El antiguo Sanhedrin juzgaba las grandes causas y los grandes negocios de la nacion, derramando luz sobre los puntos oscuros, é interpretando sabiamente las leyes de Moisés; y el Sanhedrin moderno se junta

para organizar lo que es de suyo inorganizable; para dar cohesion á lo que por necesidad providencial tiene que estar disperso; por último, para violentar la legislacion mosaica y ponerla tristemente á servicio del Código frances. «Declaramos, dijeron los rabinos del Sanhedrin, que la ley divina, principal herencia de nuestros antepasados, contiene disposiciones políticas y disposiciones religiosas; éstas son por su naturaleza absolutas é independientes de las circunstancias y de los tiempos; no así las políticas que constituyen el gobierno, y que estaban destinadas á regir al pueblo de Israel en la Palestina, cuando tenia sus reyes, sus Pontifices y sus magistrados.» Hecha esta distincion, no hay para qué añadir que el Sanhedrin, como la Asamblea primera, halló perfecta armonia entre los deberes de judío y los deberes de ciudadano frances; es decir, que el judaismo de principios de este siglo, transigente con la ley de la conveniencia, sacrificó una parte de su *Thoráh* á cambio de un titulo de ciudadanía. Pero, ¿qué sucedió? Apenas terminadas las sesiones del Sanhedrin, se expide un decreto (Marzo de 1808) declarando nullos todos los contratos de préstamo y prenda hechos con judíos por menores, mujeres y militares sin licencia de sus gefes respectivos; y dictando otras medidas que prueban el abuso que inmediatamente habia comenzado á hacer la codicia ju-

daica, contra la cual no bastaron leyes ántes de declarar á los judíos ciudadanos, y no bastaron por lo visto, despues de otorgarles la suspirada dignidad.

Al verificarse la Restauracion, esto es, al restablecerse el equilibrio europeo, cambió algo la suerte de los judíos franceses, principalmente de aquellos que pertenecian á provincias desmembradas de la Francia. El rey de Cerdeña renovó las leyes que los obligaban á habitar en barrio separado (en el *Ghetto*) y les prohibian poseer bienes inmuebles. Al llegar á este punto, séanos permitido reproducir las siguientes frases de un sabio escritor israelita de nuestros dias: «Cuando la Italia en masa, dice Mr. Bedarride, ofrece este espectáculo (el del rigorismo contra los judíos), tansolo la Santa Sede parece seguir el rumbo opuesto: cuando toda Europa era intolerante, Roma predicaba la caridad y daba ejemplos de dulzura para con los que no pertenecian al gremio de la Iglesia.»

En 1830 una nueva revolucion dispuso de los destinos de la Francia: que los judíos se apresurarian á explotar en su pró el nuevo régimen, no hay para qué ponerlo en duda. La carta de la Restauracion reconocia una religion dominante y declaraba que *solamente* los cultos cristianos serian sostenidos por el Estado. La carta de 1830

no admitió religion dominante y borró la palabra *solamente*. A poco se promulgó una ley poniendo á cargo del Estado los gastos del culto israelita.

La oleada revolucionaria de 1848 sacó á la superficie muchos nombres de israelitas: y la soberanía popular llevada á muy peligrosos extremos, halla hoy entre los judíos de Francia é Italia sus mas ardientes partidarios. Las revoluciones sociales han sido, pues, para los judíos el mayor elemento de prosperidad. A contar desde 1789, puede decirse que la suerte de los judíos está en razon inversa de la suerte de las monarquias legítimas. Desde la época del Sanhedrin, época que llaman de la regeneracion, los judíos en Francia se confunden con los demás ciudadanos, se identifican, se asimilan, y asimilados viven en la época actual.

XII

En el gobierno, en la administracion, en el ejército, en la magistratura, en el Instituto, entre los sabios, entre los poetas, entre los artistas, en el comercio, en la industria, en casi todas las profesiones, existen hoy ilustres israelitas franceses, cuyos nombres son dignos de respeto; no hemos de negárselo nosotros, admiradores como somos

del talento, de la instrucción y de la honradez; en donde quiera que brillen; pero es bien advertir que la influencia judaica en las diversas esferas de la sociedad puede trascender y trasciende en lo que vulgarmente se llama opinion pública: y cuando en los grandes conflictos, como el actual, entre la autoridad y la revolucion, entre el Pontificado y el demagogismo, entre el gobierno y la anarquía, la llamada opinion pública se inclina á la anarquía y al demagogismo y á la revolucion, no olviden los pensadores sensatos de Europa cuáles son los elementos que componen la gran mistificacion denominada opinion pública.

La especie de transaccion firmada entre la sociedad moderna y los judíos; la participacion que se les otorga en la vida civil de Francia principalmente; su influjo sobre gran número de periódicos de los que mas circulan en Europa; la organizacion de consistorios y escuelas en todos los países donde hay libertad de cultos; la multitud de revistas y libros y anuarios que por su cuenta se publican, son premisas que empiezan á dar irremediables consecuencias.

Nadie ignora cómo la revolucion filosófica operada en nuestros dias influye en la revolucion social. La propaganda de máximas disolventes, de principios contrarios á toda autoridad, se filtra en las capas sociales, llega hasta las últimas, y todo

lo corrompe y envenena y pierde. Las locuras filosóficas ahora dominantes en algunas escuelas son restos carcomidos del antiguo árbol cabalístico de los hebreos. Hoy los judios de Europa oyen los sistemas alemanes y los acogen como herencia de familia, y los aplauden y los propagan, y agradecen á los protestantes y á los católicos el ardor con que desentierran las doctrinas filosófico-judaicas que en los siglos medios formaban la ciencia oficial de las academias de Córdoba y Toledo. «No tememos asegurar, dice Mr. Franck en su obra DE LA CABALA, que el principio de la doctrina filosófica que reina hoy casi exclusivamente en Alemania, y hasta las expresiones casi exclusivamente consagradas por la escuela de Hegel, se hallan entre las tradiciones olvidadas que intentamos dar á luz.»

Brillaban en España durante los siglos XI y XII filósofos como Salomon Ben Gabirol (Avicebron) y Maimónides, verdaderos padres y fundadores del racionalismo que ahora pretende imperar entre los sabios.

Maimónides, llamado la lumbrera de Occidente, el águila de la literatura, médico, teólogo, filósofo, da á luz su *Moré-nbukim* (*El guia de los extraviados*), y al punto toma cuerpo todo un sistema filosófico que tiene por objeto concordar lo sobrenatural con la naturaleza, poner en ar-

monía la fe con la razon, mejor dicho, traer la fe á servicio de la razon.

El fin de la religion, dijo Maimónides, es conducirnos á la perfeccion y enseñarnos á obrar y á pensar conforme á la razon: en esto consiste el atributo distintivo de la naturaleza humana.

El hombre, añadia el judío cordobés, no debe regular sus acciones por la fe de la autoridad, pues tiene los ojos en la cara y no en las espaldas.

Ocho siglos hace, pues, que están plagiando á Maimónides todos los enemigos de lo supernaturoal, todos los partidarios del progreso indefinido, todos los idólatras de la razon.

Las doctrinas del filósofo rabino ocasionaron un cisma en las escuelas judaicas: dijose que el libro de Maimónides fortificaba las raíces de la religion, pero destruía las ramas. Los judíos del Mediodía de Francia llevaron al extremo las censuras y anatemas contra el novador, pero las doctrinas del novador prevalecieron: y desde el *Makor jayyin* (*fuentes de vida*), escrito por Gabirol en el siglo XI, siguiendo por las obras de Maimónides, Aben-Ezra, Aben Tybon, Abarbanel, Joseph Albo, Schem-tób, Aboad, Cardoso, Orovio de Castro y otros innumerables rabinos que nacieron y escribieron y predicaron en España, en esta tierra tenida calumniosamente por clásica de la intolerancia, se descubre el camino que tra-

jo la filosofia hasta dar en el *Tratado teológico político* y en la *Ethica* del ex-judío Benito Spinoza. En el sistema de este filósofo, hijo de un judío portugués, empapado en las tradiciones judaicas, se halla un Dios sin voluntad, sin entendimiento, sin conciencia, sin personalidad distinta. Aquel Yhowáh de Abraham y de Isaac y de Jacob que obraba maravillas por el amor de su pueblo escogido; aquel Yhowáh, terrible en el castigo de Faraon, magnífico en las jornadas del desierto, legislador en el Sinai, el Dios de David y de Salomon se ha convertido en el cerebro de Spinoza en la abstraccion por excelencia, en una absoluta indeterminacion, en un ser infinitamente menor que el hombre, en una sombra, en nada.

Andando el tiempo, y progresando el error, el panteísmo cabalístico-filosófico de Spinoza tomó carácter religioso; la razon, proclamada soberana, llamó impiamente á su tribunal cuanto hay de grande, de augusto, de inmutable; quiso alzarse sobre las verdades reveladas; quiso dominar la ciencia divina y humana; juzgar á Dios y á los hombres. Hé aqui una manifestacion satánica de la soberbia.

A contar desde Leibnitz, que produjo en Alemania el movimiento idealista del siglo XVIII; pasando por Kant, que con su *Crítica de la ra-*

zon pura guiaba al escepticismo, y llegando á Fichte que lo suprime todo, excepto el *yo*; y á Schelling, que hace de *lo absoluto* el término de la Filosofía; y á Hegel, que lo halla en la *idea*, solo descubriremos evoluciones de la doctrina panteística; tristes esfuerzos por negar lo sobrenatural; empeño estéril de acomodarle todo á los límites de la flaca razón humana; renovaciones, en fin, de los sistemas filosóficos de la escuela oriental en la Edad media.

La llamada exégesis racional que ahora constituye el encanto de los filósofos alemanes y de sus traductores franceses y españoles, es una doctrina cuya propiedad pertenece á los cabalistas judaicos de las academias de Córdoba y Toledo. Sería muy curiosa una obra histórico-crítica acerca de la filosofía moderna en sus relaciones con el espiritualismo de Avicébron, Maimónides y Aben-Ezra.

Los judíos que hoy residen en Europa y participan del movimiento científico, se regocijan al ver *el paso atrás* que da la filosofía de los cristianos, y cooperan con todas sus fuerzas al triunfo de los sistemas racionalista y panteista que consideran como legítima herencia de sus antepasados. Quizá en esto no meditan, como fuera conveniente, los filósofos modernos; quizá cuando repiten las seductoras teorías del triunfo de la

razón, y culto universal, y humanidad una y libre, no advierten que están hablando el lenguaje de los judíos dispersos por el mundo y condenados á perpetua expatriación.

Los judíos á su vez observan que la filosofía de los protestantes se acerca mucho á sus tradiciones filosóficas, y que las opiniones de gran número de católicos varían á merced de las novedades protestantes; es decir, los judíos ven imperar su filosofía en las escuelas que pretenden dar el impulso á la sociedad moderna: ¿contra quién, pues, habrán de reservar sus odios los judíos? Contra aquella porción sana y juiciosa del mundo católico que resiste á las impiedades de la evaporada ciencia cabalística, y lucha por los fueros de la fe sin amenguar los legítimos fueros de la razón. Y como el Pontificado es hoy y ha sido siempre el centro, la representación genuina de esos principios que son los verdaderos en la ciencia y los salvadores en la sociedad, los judíos redoblan en esta época sus esfuerzos y sus ataques contra el Pontificado, ya sosteniendo las teorías más arriesgadas y disolventes, ya aprovechando en la vida práctica los hechos más sencillos, para convertirlos, como el suceso Mortara, en gran piedra de escándalo y en tema para una inmensa y aun no terminada gritería.